



Algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Dedos fríos en la niebla

Alan
Monroe-
Finch

Dibujos de
Eric
Climent



El fin del mundo

Hacía poco más de una hora que habían dejado atrás la ciudad de Plymouth. Patrick y su padre se adentraban cada vez más en el país de Cornualles, al oeste de Inglaterra, en la antigua región céltica, considerada antaño el fin del mundo y de cuyo mar bravío los barcos huían como de una pesadilla. No había dejado de llover desde que habían salido de Londres, y el parabrisas despejaba el agua con la persistencia de un metrónomo. Patrick, en el asiento trasero, miraba las ilustraciones de un libro sobre magos y encantamientos. Le gustaban ese tipo de historias, aunque luego

esos seres extraños se le metiesen en la cabeza y le mantuviesen muchas noches en vilo. Más de una vez tenía que dormir con una luz encendida, sobre todo los últimos meses.

Después de atravesar el pintoresco pueblo de Helston, el coche se desvió hacia el sur por una carretera secundaria que se hundía en el corazón de la península de Mullion. La lluvia apenas dejaba entrever el paisaje. Mark Duncan conducía despacio, con la vista pegada en el cristal delantero. Le habían hablado de un hotel magnífico cerca de Kynance Cove, pero apenas distinguía más allá de diez yardas y los ojos le escocían de tanto fijarse en la carretera. De pronto vio en la cuneta un cartel pintado a mano que anunciaba el alquiler de una habitación, cama y comida, a una media milla. Miró por el retrovisor y habló con su hijo.

—¿Tienes hambre?

—Bueno.

El señor Duncan sonrió. Patrick era un chico tranquilo, muy sociable, aunque en los últimos tiempos tuviese siempre la mirada ausente y el aire taciturno. Tenía once años, once años y tres meses, pero no había querido cele-



brar su último cumpleaños; todavía estaba muy reciente la muerte de su madre en un maldito accidente. Soñaba que un encantamiento la podría traer de vuelta a su lado, pero empezaba a darse cuenta de que se trataba de un sueño imposible.

El coche tomó un camino de tierra a la izquierda y de entre la neblina surgió ante ellos una casa de piedra algo desvencijada, maltratada por el viento del sur, por el salitre, y muy necesitada de una mano de pintura. Mark Duncan detuvo el coche ante la puerta, en una explanada, y él y su hijo salieron a toda prisa y se guarecieron de la lluvia en el porche.

—Tal vez deberíamos seguir hacia el hotel, Patrick, ¿qué te parece?

—No, aquí estaré bien, tengo mi libro.

No hubo tiempo para más comentarios. Al instante les abrió una mujer menuda que se restregaba en el delantal las manos manchadas de harina.

—Creo que alquilan una habitación —preguntó el señor Duncan—. Necesitamos pasar una noche, dos quizás. Acabamos de llegar de Londres.

—Una habitación, claro que sí.

La mujer les hizo pasar y cerró la puerta con el antebrazo; se mostró algo azorada, e hizo ademán de arreglarse el pelo desgreñado.

—Perdone mi aspecto, no esperaba a nadie con este aguacero, estaba preparando un pastel. —De pronto volvió la cabeza y llamó adentro.— ¡Peter! ¡Peter! Oh, este hombre, nunca aparece cuando se le necesita —se quejó—. Pero, pasen, por favor. ¿Cómo te llamas, muchacho?

A Patrick le cayó simpática enseguida la señora de la casa. Tenía unos ojos azules preciosos que sonreían desde lo más profundo.

—Patrick —respondió.

—¿Te gusta el pastel de arándanos, Patrick?

No le dio tiempo ni a esbozar una sonrisa. Desde una habitación contigua apareció un hombre delgaducho, de pelo ralo, que los acogió con tosquedad.

—Están poniendo la moqueta perdida de barro. ¿Para qué diablos está la alfombrilla de la entrada?

Mark Duncan se sintió turbado, pero al instante se presentó y extendió la mano; el otro se limitó a inclinar la cabeza y a refunfuñar un exabrupto.

—No seas grosero, Peter —le amonestó la mujer—. Anda, prepáales una taza de té. Deben estar cansados del viaje.

El hombre se marchó rezongando, y la mujer indicó a Mark y a Patrick que le siguiesen arriba por unas escaleras que crujían a cada paso.

—No le hagan caso, el señor Trevail es un hombre honesto, pero no está acostumbrado a tratar con la gente.

Mark y Patrick se lanzaron una mirada cómplice y apenas pudieron reprimir la risa.

Llegaron a una habitación espaciosa y abuhardillada que se abría a la parte de atrás, donde, tras la neblina, se intuía la sombra del acantilado y el horizonte del mar. En el centro había una cama de cuerpo y medio con un cabezal adornado por una tela. El resto del mobiliario se componía de un tocador, un armario de roble junto a la pared y una butaca frente a la ventana. Todo estaba limpio, escrupulosamente ordenado. La luz grisácea se filtraba a través de las cortinas y confería a la estancia un tono propicio al recogimiento.

—Bueno, esta es la habitación. Pertenecía a mi hija.



—¿Ya no vive aquí? —preguntó el señor Duncan.

La mujer no advirtió el comentario amable; tenía la vista clavada en la colcha, como si percibiese una mota de polvo que sólo ella pudiese ver y que trató de esparcir con la mano.

—Sólo hay una cama, pero es espaciosa —dijo al cabo con un suspiro.

—Aquí estaremos muy bien, mi hijo y yo, estamos acostumbrados.

Patrick sintió una punzada en el estómago. En los últimos meses, muchas noches había tenido que compartir cama con su padre para mitigar sus miedos, y se avergonzaba de ello.

La señora Trevail abrió el batiente del armario.

—Bueno, aquí pueden guardar la ropa. Todavía hay cosas de mi hija, lo siento, debería haberlas empaquetado hace tiempo, pero por unas cosas o por otras...

—No se preocupe, hay espacio de sobra; sólo estaremos un día, dos a lo sumo.

La mujer desplegó de nuevo su sonrisa.

—¿Y qué les trae por el fin del mundo? —preguntó mientras encendía el radiador—. Viene poca gente a Cornualles en esta época del año.

–Trabajo –explicó Mark Duncan–. Estoy buscando un sitio pintoresco para una empresa de Londres en los alrededores de Lizard, algo parecido a Porthleven o Saint Ives, pero no tan caro. Quieren construir un hotel familiar para jubilados. El clima es aquí más cálido y seco que en Londres, por la corriente del golfo.

–Vaya.

–Eso atraerá más turismo –se apresuró a añadir, por si la señora Trevail suponía que un nuevo hotel pudiese afectar de alguna manera a su pequeño negocio.

–¿Y el pequeño Patrick, también trabaja en la empresa? –bromeó la mujer.

–No, él sólo me acompaña. Soy viudo desde hace poco y no tenía con quién dejarlo.

–Oh, cuánto lo lamento.

A decir verdad, el señor Duncan tenía amigos y amigas que se habrían hecho cargo de buen grado de Patrick, pero conocía el terror nocturno del muchacho y no quería exponerlo a una situación desagradable.

Era imposible controlar sus pesadillas nocturnas, se presentaban de repente y le sumían en una angustia insoportable. Tenía pánico a quedarse

dormido y ver otra vez aquellas caras retorcidas que le perseguían en silencio, un brazo que aparecía de no se sabía dónde, que le agarraba del cuello y que lo arrastraba impidiéndole gritar, siempre lo mismo: le parecía que el corazón se le iba a romper de un momento a otro. Pero de día era distinto, tal vez porque por encima de todo quería demostrar a su padre que no era un miedoso.

—Estaré unas horas fuera y volveré por la noche. El chico no les molestará.

—Por supuesto. Nos alegrará tenerlo aquí. Mi marido estará encantado de enseñarle los alrededores.

De pronto, una voz tronó a sus espaldas:

—No hay nada que ver en los alrededores, bien lo sabes.

El señor Trevail apareció en el quicio de la puerta portando una bandeja con dos tazas de té humeante y un plato con pastas.

Patrick se sobresaltó. No le gustaba en absoluto ese hombre que se obstinaba en mostrarse antipático. De buena gana se hubiese marchado al hotel, pero su padre tenía una cita para comer con alguien importante y no quería demorarlo más de la cuenta.

Hubo un silencio incómodo mientras el señor Trevail dejaba el tentempié sobre el tocador. Todos le miraban en vilo, como si del equilibrio de la bandeja dependiese que una bomba llegase a explotar.

—Los alrededores están llenos de cuevas malolientes y peligrosas —sentenció el hombre, y apuntó con su dedo a Patrick—. No es un buen sitio. Aléjate de ellas, por tu bien.

Mark Duncan estaba a punto de replicar pero la señora Trevail se le adelantó y se dirigió al chico.

—No le hagas caso. El señor Trevail siempre está bromeando sobre eso y no sabe cuándo se pone desagradable.

El aludido se encogió de hombros y abandonó la habitación. De nuevo, la mujer ofreció su mejor sonrisa a Patrick, como si nada hubiese pasado.

—Te prepararé un bistec con patatas para comer, y el pastel de arándanos. ¿Te gustaría, cariño?